EL MEJOR ESPOSO

JESUS SACRAMENTADO,

EXPUESTO

Á LA CONSIDERACION

DE LAS ALMAS PIADOSAS,

EN UN DISCURSO

QUE EN LA PARROQUIAL IGLESIA DE SANTA MARIA DEL CAMINO DE LA CIUDAD DE SANTIAGO DE GALICIA, CELEBRANDOSE EN ELLA LA SAGRADA OCTAVA,

DIXO

Fr. Josef Antonio Medéla, de la Orden de San Agustin, en el dia quatro de Julio año del Jubiléo compostelano de 1802.

DADO Á LUZ POR UN DEVOTO.

EN MADRID:
EN LA IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE MARIN.
AÑO DE 1802.

THEMA.

Egredimini, & videte Filiæ Sion Regem Salomonem ::: in die desponsatiônis illius.

Salid hijas de Sion, y ved al Rey Salomon ::: en el dia de su desposorio. Cantáres capítulo 3. ℣. 11.

EXORDIO.

Hace ya mucho tiempo que he leido repetidas veces el sagrado libro del cantar de cantáres de Salomon. En este divino *epitalámio*, que es palabra griega, y significa cantar de bodas celestiales, se me presentó desde luego una tierna enamorada esposa; pero tan triste, tan afligida, y tan casi muerta de pena, que como despertando de un profundo sueño ó letargo, confiesa que no encuentra otro remedio para sus acérbos males, sino es en la presencia de su ausente, pero querido esposo, cuyos abrazos y osculos desea con la mayor ansia. He conocido entónces bien claramente, que ó el amor carece de palabras para manifestarse, ó que si las tiene no las hay, ni mas tiernas, ni mas castas, ni mas dulces, ni mas expresivas que las que emplea esta esposa para declarar el suyo. Los amores de Piládes con Orestes, y los que cantáron Ovidio, Virgilio con todos los otros poétas y amantes profanos, son sequedades, son tibiezas, son infamias si se comparan con los que arden en el corazon de esta desconsolada esposa; la qual despues que ha pedido los osculos de su esposo, le dice así: llé-

vame en pós de tí, y correrémos: luego añade: dime, ¡oh amado de mi alma! ¿dónde apacientas, dónde sestéas al medio dia? Enagenada despues en la contemplacion de la hermosura de su ausente esposo, lo compára á un oloroso manojuelo de mirra, ó á un delicado ramillete de flores que dice ha de poner entre sus pechos: y si la preguntan, ¿quál es aquel su amado por quien tanto suspira? Responde, que su amado es blanco, es rubicundo; y que es tan hermoso, que descuella ó es escogido entre mil. Finalmente, la fuerza y el incendio de tanto amor, la obligan á salir como desaláda por las calles y plazas de la ciudad, preguntando á voces, ¿habeis visto por ventura al que ama mi alma? En este medio tiempo la encuentran las rondas y centinelas de la ciudad, quienes la desprecian, la maltratan, la hieren; pero ella, insensible á todos estos ultrajes y desprecios, no piensa mas que en buscar y hallar á su perdido esposo; y estando en este anheloso pensamiento, cae en un desmayo; y desmayada, pide que la alienten y la socorran con flores; pues protesta que está enferma de amor: *amore langueo*: y concluye diciendo: ven amado mio, ven: salgamos al campo: allí te daré mis pechos; porque todos los frutos tanto antiguos como nuevos tengo guardados para tí.

Compadecido el esposo de los clamores y triste situacion de su desgraciada esposa, advierto que viene presuroso: la anima, la recrea, la conforta, la consuela, y la hace mil tiernas afectuosas caricias. Verdad es, que algunas veces la dá desvíos, y la trata al parecer con dureza y esquivéz: pero muy luego vuelve á solazarla con castos, pero suavísimos requiebros, llamándola querida mia, paloma mia, hermosa como

la luna, escogida como el sol, y terrible como un esquadron puesto en órden de batalla.

Esto es, Señores, lo que en compendio contiene el referido divino libro de los cantáres de Salomon; y luego que me he enterado de él, pasé tambien á leer los Santos Padres y sagrados Expositores; y he advertido, que casi todos uniformes me aseguran, que baxo las figuras y personas de esta esposa y de su esposo, se ha dignado el Espíritu Santo declarar á los hombres los castísimos é inefables desposorios que el Hijo Unigenito y Eterno de Dios ha contraído con la Iglesia; de suerte, que aquellos osculos y abrazos por que tanto suspiraba la esposa, no significan mas que los gemidos, las ansias y dolorosos acentos con que la Iglesia y las almas perdidas por el pecado deseaban la pronta venida y encarnacion del Verbo Eterno, único remedio de todos sus males. En vista de todo esto, os confieso ingenuamente, que desde entónces he tenido siempre un vivo y ardoroso deseo de hacer patentes al pueblo christiano estos tan dignos como amables desposorios, en alguno de aquellos sermones que he pronunciado en muchas de estas sagradas octavas: pero nunca he tenido tiempo, lugar ni sosiego para realizar estos mis deseos, y desahogar la ternura de mi corazon en un asunto tan digno, tan elevado, tan magestuoso, hasta este presente año santo; hasta este dia tan deseado y tan glorioso para mí, en el qual he ofrecido al que sostiene, promueve y solemniza estos piadosos y reverentes cultos, formar y pronunciar un discurso, en que solo para excitar mis oyentes á que tributen toda alabanza, honra y amor á tan Soberano Sacramento, habia de manifestar aquellos pensamientos, que despues de tanto tiempo te-

nia represados, y estaban como bullendo dentro de mi pecho.

Sí, adorable y dulcísimo Sacramentado Esposo: aunque mi corazon es la misma frialdad y tibieza; pero son, Señor mio, tantos y tan grandes los incendios que despedís, y con que nos abrasais desde ese tálamo de vuestro divino amor, que aun el alma enteramente de hielo, qual es la mia, se derrite, se embelesa, se enagena, y queda absorta en un dulce é inexplicable deliquio. Pero, ¡oh tierno amante! ¿No me permitireis el que, á pesar de mi indignidad, tenga tambien alguna parte en la presente fiesta de vuestras divinas bodas ó desposorios? ¿No podré por lo menos anunciarlos, publicarlos á este católico y piadoso auditorio, que tiene la bondad de escucharme? Así me lo prometo conseguir de vuestra infinita misericordia, que se ha dignado tomar para esposas á nuestras almas, aun quando eran feas y abominables á vuestros purísimos ojos: pero antes de todo, explicaré, como acostumbro, un breve punto de Doctrina Christiana.

Es una verdad muchas veces declarada en la Santa Escritura, que el Hijo de Dios hecho hombre es Esposo. Así nos lo representan David, Isaías, Geremías, y todos los Evangelistas con San Pablo: y no es ménos cierto que, como dice San Juan, todo esposo debe tener su esposa. Pregunto pues, ¿Quién es la esposa de Jesu-Christo? Respondo. Es la Iglesia santa, universal ó extendida por todo el mundo. Quiero decir, que todos los justos ó santos de todos los tiempos, de todos lugares y condiciones, de todos estados, sexôs y edades, comprehendiendo tambien á los que ya viven en el cielo, considerados tanto en comun, como cada uno en particular, son solos los

que forman la verdadera fiel, y legítima esposa de Jesu-Christo. Pregunto. ¿No es cierto que los christianos que viven en pecado mortal, son miembros de la Iglesia, y que como partes de ella componen la esposa de Jesu-Christo? Respondo. Los christianos que se hallan en pecado mortal están en el cuerpo de la Iglesia; pero no pertenecen ó no están en el espíritu de la misma. Se hallan en la Iglesia; pero están en ella al modo que están los miembros paralíticos ó muertos unidos á un cuerpo vivo, ó como los ramos secos pegados á un árbol verde y frondoso: pero siempre con esta diferencia, que tanto los miembros paralíticos ó muertos del cuerpo, como los ramos secos del árbol, ya no pueden recibir xugo, vida ni movimiento del cuerpo ó del árbol: mas los pecadores que están unidos al cuerpo de la Iglesia, siempre pueden mientras viven resucitar, ó volver á la vida espiritual, ya por medio de la gracia que por sus oraciones, que son los gemidos de la paloma, les alcanza de Dios la misma Iglesia, ya tambien recibiendo los Santos Sacramentos que en su seno se dispensan para la remision de los pecados. Pregunto: ¿Qué deben hacer los que viven en pecado mortal para que sus almas sean esposas de Jesu-Christo? Respondo. Necesariamente deben convertirse á Dios, y tener una vida ó costumbres conformes á las del mismo Jesu-Christo; por lo qual es fuera de toda duda, que una fé afectuosa, una firme esperanza, y una ardiente caridad con Dios y con el próximo, son las únicas solas virtudes que forman esposas de Jesu-Christo. Las almas que carecen de ellas, son comparadas en la divina Escritura á las adúlteras y aléves raméras. Es esto tan cierto, que aun los que vivimos en el gremio de

la Iglesia, y tenemos fé y esperanza; pero carecemos de la caridad, nada somos en la presencia de Dios. Esta caridad es la vestidura nupcial con que precisamente debemos presentarnos para ser admitidos á las bodas que el Hijo Eterno de Dios contrae ó celebra con la Iglesia. Á los que no la tienen, no puede Jesu-Christo reconocerlos por suyos; pues son miembros secos, áridos, paralíticos, muertos, que solo sirven para ser cortados y arrojados al fuego eterno: y si estos pecadores no se han de convertir jamás, tengan por cierto, que solo para su muerte, y no para su bien de ellos, se pone en este divino Sacramento el amantísimo Esposo. Este solo se sacramenta aquí para bien y utilidad de aquellos que son justos ó santos ahora, ó que han de serlo algun dia; pero no para los infelices que han de perseverar siempre en su pecado; porque éstos quedarán perpetuamente divorciados y privados del patrimonio, riquezas y delicias eternas é infinitas que este fidelísimo Esposo reserva únicamente para sus fieles, castas y obedientes esposas.

¡Oh Dios de amor! Mucho desconsuelo tengo ciertamente al contemplar que en este numeroso auditorio que rodéa ahora vuestro trono, no habrá tal vez un solo justo, un alma sola que merezca el título y honor de esposa vuestra. ¿Para quién pues Señor estaréis ahí presente, si ni el Predicador ni sus oyentes son almas justas ó santas? ¡Ay benigno Esposo! Estaréis ahí para llamar y convertir por vuestra clemencia á este pervertido é indigno pecador que ahora huye de Vos: estaréis ahí para servir de alimento y de consuelo á algun hijo ó nieto de los circunstantes, que nacerá de aquí á algunos años en esta Parroquia ó Ciudad, y que será justo á vuestros ojos: pues por este

solo justo que aun no exîste en el mundo, no solo sufriréis gustoso todos los ultrajes y vilipendios con que ahí os sácian los malos christianos, sino que tambien mantendréis abierta y perenne en ese divino Misterio la fuente de vuestras eternas misericordias. Yo, Dios y Señor mio, adoro humilde estos vuestros profundos juicios, y admiro vuestra paciencia y bondad: pero lleno de un extático embeleso, voy gustoso á meterme en el inmenso occéano de los castos y eternos desposorios que en ese augusto Sacramento contraeis y celebrais con vuestra esposa la Iglesia; y para ello, propongo por único asunto de este discurso la siguiente

PROPOSICION:

Jesus Sacramentado es el mejor Esposo.

¡Dichoso yo, si puedo navegar por tan insondable piélago, donde se contienen todas las riquezas dé la sabiduría, poder y amor de Dios, sin tropezar ni naufragar! Para conseguirlo, haré lo que acostumbran aquellos que quieren hacerse á la vela y meterse en alta mar. Estos, antes que desplieguen lienzos, vueltos al favor del cielo, le piden viage seguro y felíz. Así yo, confesando ahora mi insuficiencia, y derrocando por el suelo mi corazon, pido con toda humildad la divina gracia á mi Esposo Jesus Sacramentado, que es la verdadera guarida de los pobrecitos, para que mis labios solo pronuncien lo que es digno de tan amable Dueño: porque sin vuestro socorro, ¿quién, Señor, podrá hablar de Vos como es justo? ó ¿quién no se perderá en la inmensidad de vuesttas divinas excelencias, si Vos mismo no le guiais al puerto? Res-

plandece pues ¡oh verdadero Esposo y sol de mi alma! é ilústrala con tan grande abundancia de luz, que con los rayos de ella, mi entendimiento iluminado te conozca, mi voluntad inflamada te ame, y enriquecida mi lengua te hable, te publíque, te pregone, sino como eres del todo, á lo ménos como puedes ser entendido de nosotros; esto es: como el único, el verdadero y el mejor Esposo de nuestras almas. Este favor que no merecen conseguir mis súplicas, lo concedereis benigno á la intercesion de vuestra castísima Madre, que por ser digna Esposa del Espíritu Santo, tambien es acreedora á que todos la saludemos, diciéndola con el Angel. *Ave Maria.*

Thema ut suprà.

El Reyno de los cielos es semejante á un hombre poderoso, ó á un Rey magnifico que dispuso y preparó unas bodas para su hijo. Así nos lo decís en vuestro divino Evangelio, y yo lo repetiré con vuestra licencia, *Soberano Señor Sacramentado.* Puedo luego afirmar con fundamento, que todo el tiempo que dura este mundo desde su principio hasta su fin, no es mas del tiempo festivo de unas bodas que nuestro Padre celestial se ha dignado preparar para los hombres ó para la Iglesia. El Esposo de estas sagradas bodas es el mismo Hijo único de Dios, el qual movido solamente del excesivo amor que tenia á los hombres, se lo entregó para este efecto; y la esposa son todas y cada una de las almas justas ó santas. Todos los sucesos ya prósperos ya adversos que hubo, hay y habrá en el mundo; esto es, la ruina ó decadencia de las naciones mas opulentas y cultas; la luz de la fé

encendida ahora en un país, despues apagada, y vuelta á encenderse en otro; la Iglesia ya perseguida, ya triunfante de sus enemigos; la grandeza, la elevacion, y luego el total olvido de las mas célebres ciudades, con el desprecio de las familias del mayor explendor; el abatimiento de los pobres, y el orgullo y magnificencia de los ricos; en fin, las guerras mas obstinadas, las persecuciones mas iniquas, y aun los delitos mas enormes, no han sido ni son mas que unas decoraciones con que la eterna Sabiduría, que todo lo dispone con suavidad, enriquece, adorna y realza aquel magnífico estupendo teatro, que oculto ahora con el espeso velo que ha de descorrerse al fin de los siglos, llenará de admiracion á los bienaventurados, quienes verán claramente, por qué medios al parecer tan humanos y fuera de órden, supo aquel santo y fuerte Dios que adoran, conducir su Iglesia á las bodas, á los desposorios, y al matrimonio indisoluble y eterno que la tenia preparado en el cielo.

Estas divinas bodas ó desposorios se contrahen y celebran ahora entre las respetables tinieblas y obscuridades de nuestra santa fé, como así lo habia prometido el mismo Dios á la Iglesia, diciéndola por su Profeta Oséas: yo me desposaré contigo en la fé: *desponsabo te mihi in fide*: pero despues de concluidas las magníficas fiestas de estas bodas, lo que sucederá en el último dia de este mundo, se consumará este divino matrimonio, y la esposa será admitida descubiertamente y sin rubor al casto tálamo de su Esposo, con el qual gozará de delicias inefables y eternas en compañía de los Angeles. Entónces formará la Iglesia aquella ciudad eterna y felíz, que es nuestra verdadera patria. (¡Ay dulce amada patria: quántos sus-

piros debieras llevar, y no llevas á este mi inquieto y angustiado corazon!) formará; digo, entónces la Iglesia aquella dichosa patria, por la qual gemimos todos los que, como peregrinos y extrangeros, vivimos en este valle de lágrimas. Entónces será la Iglesia como una Reyna hermosísima, que tendrá por dote, herencia y bienes la misma gloria del Padre Eterno. Entónces estará toda ella inundada y penetrada de la gracia de su divino Esposo, y resplandecerá mas que el sol en perpetuas eternidades con los dones mas sublímes que la comunicará el Espíritu Santo: pero mientras que la Iglesia, al modo de una navecilla que fluctúa combatida de furiosos vientos, vá peregrinando por este mundo, gime siempre como una casta paloma, porque la llegue quanto ántes aquel felicísimo dia (no ya dia sino eternidad) en que abrazada estrechísimamente con su dulce Esposo, ya no temerá el perderlo jamás.

Á esta Iglesia la llama el Hijo de Dios, unas veces hermana; pues la dice: abreme hermana mia: otras la nombra no solo hermana, sino esposa suya, diciéndola: huerto cerrado y fuente sellada eres, hermana, esposa mia: y de esto se infiere, que la Iglesia fué hecha hermana del Unigenito Hijo de Dios, quando éste tomó carne humana en el vientre de la Sacratísima Virgen Maria; y que ha sido formada y constituida verdadera y legítima esposa del mismo, quando instituyó el admirable Sacramento de su preciosísimo Cuerpo y Sangre. En efecto; quando el Verbo Divino encarnó, sacó todos los hombres de la bajeza y oprobrio en que estaban, y los elevó á la dignidad de hijos de Dios: pero quando instituyó este prodigioso Misterio Eucarístico, nos dió en él el amor de

los amores como lo llama San Bernardo ; pues se desposó con nuestras personas , para llenarnos de delicias puras , castas é inefables.

Para comprehender en lo posible estos celestiales desposorios , me permitireis el que vuelva ahora mi atencion al principio del mundo. Yo veo entónces una Iglesia dichosa , colocada en el Paraíso en las personas de Adan y de Eva inocentes, para que ellos y todos sus descendientes , despues de habitar algun tiempo en la tierra , fuesen trasladados sin morir á la patria del cielo : pero , ¡qué dolor! Esta Iglesia así inocente, no tardó mucho en divorciarse de la Sabiduría ó Verbo Eterno , con el qual , como que era la luz única y verdadera de las almas , estaba íntimamente unida. Su desobediencia al justo y fácil precepto que su Criador la habia impuesto , fué como un horrible adulterio , por el qual ha sido vergonzosamente arrojada del mismo Paraíso ; quedó fea , abominable á los ojos de su Dios , y condenada para siempre al dolor , á la miseria , á la muerte , al infierno. Reducida á tan baxa esfera esta infiel esposa , que con la mas odiosa ingratitud habia cometido tan infame traicion , ya no era mas que una vil prostituta , una hija de iniquidad y de perdicion , que convertida en un monstruoso seminario de todos los delirios y abominaciones, ya no tenia en que fundar la mas leve esperanza , ni de salir de un tan lamentable estado , ni de llegar á mas alta fortuna.

Con todo eso, nuestro Dios que siempre es rico en misericordias , que es el Rey del mundo , y el Señor mas amable de todos , condolido de la vergonzosa miseria á que veía reducida la obra mas perfecta de sus manos , nuestra naturaleza, ofreció á ésta,

en el mismo punto en que con tal insolencia y tan á sangre fria acababa de ofenderle, un Salvador Omnipotente, como que era el único que podia reparar quiebras tan fatales, destruyendo todo el tiránico imperio que sobre ella habia adquirido el demonio. Este Salvador ó Redentor entónces prometido, y que era su Hijo único en quien el mismo Dios tenia todas sus complacencias, no se lo dió inmediatamente á los hombres: quiso que estos suspirasen por su venida mas de quatro mil años, para que en todo este tiempo se convenciesen bien de las profundas llagas de su orgullo, ignorancia, concupiscencia, y lo que es mas, de su total impotencia para obrar el bien verdadero, ó ser verdaderamente virtuosos por sus propias fuerzas, aun quando seguian y se conformaban con los dictámenes de la ley natural y escrita. Sin embargo, no ha sido tan general esta desolacion, que no separase Dios de ella en todos tiempos algunos pocos justos, que viviendo en la fé, esperanza y amor del Redentor prometido, gozaban de antemano las riquezas de su divina gracia, vivian como peregrinos en la tierra, y conservaron una Iglesia siempre santa é indefectible, qual debia serlo la esposa de aquel inocente Cordero sacrificado desde el origen del mundo.

Entretanto, como el estár siempre con los hijos de los hombres eran las delicias del Hijo único de Dios; éste, como impaciente por venir á unirse á nosotros, se portó ya desde el principio del mundo con su esposa la Iglesia á la qual estaba ya prometido, al modo de los que pretenden esposas acá en el siglo. Suelen estos pretendientes humanos disfrazarse por las noches, dar músicas, solazár con cantares, y recrear con bayles, sonetos y otras varias invenciones á las que

quieren para esposas. El Verbo ó Hijo eterno de Dios que con tanta ansia solicitaba su desposorio con la Iglesia, caminó guardando siempre la debida decencia y proporcion por estos mismos pasos. Se disfrazó, por decirlo así, y habló con Adan en el Paraíso en figura de hombre, como lo afirman San Leon Papa, y otros muchos Santos Doctores: recreó, habló y trató los mas profundos misterios con el Santo Patriarca Abrahan, quando baxó á destruir la infame ciudad de Sodóma: habló y solazó al Patriarca Jacob quando luchó con él: habló y dió alegres esperanzas á Moysés apareciéndole en la zarza; y tambien habló y dió buenas nuevas al célebre Capitan de Israél Josué. Pero este trato aunque disfrazado con los hombres, le salió últimamente bien á la cara á este tan enamorado como divino pretendiente; pues queriendo aparentar y hacer tan del hombre, salió hecho verdadero hombre; teniendo tanto gusto en recrear á su esposa con nuestra apariencia, quedó al fin con nuestra figura verdadera, y aquellos ensayos pararon en verdaderos hechos. Sí, señores: la Sabiduría eterna ó el Verbo increado, Hijo único y natural de Dios se hizo hombre y verdadero hermano nuestro, para que los que no conociamos ni apeteciamos sino es bienes sensibles, perecederos, y por lo mismo falsos, aprendiésemos de aquella Sabiduría humanada el camino que lleva á los bienes verdaderos, sólidos y eternos.

No contento este Dios-Hombre, este Dios hermano, ni con haber nacido pobre para hacernos ricos, ni con haber vivido humilde y abatido para reprimir, avergonzar, confundir nuestra soberbia, haciéndonos mansos y humildes, ni con haber muerto afrentosamente para darnos vida, ni con haber resucitado é

ido al cielo para subirnos á su gloria; no contento en fin con estár á la diestra de su Padre para ser allí nuestro único mediador para con él, nuestro amparo, refugio y defensa, se ha dignado tambien hacerse nuestro Esposo, para tenernos siempre consigo, para alimentarnos, regalarnos, sufrirnos, consolarnos, deleytarnos: porque á la verdad, ¿de qué nos serviría el habernos engrandecido tanto por su encarnacion, si su piedad no nos hubiera dado los purísimos deleytes del mejor Esposo, que son solos los que pueden contentar nuestra alma siempre hambrienta de ellos? Quiso pues este amorosísimo Esposo inventar el medio mas admirable de estár siempre con nosotros, para que facilmente pudiésemos abrazarlo, meterlo en nuestros pechos, cerrarlo en nuestros corazones, robarle y chuparle, por decirlo así, todos sus bienes, todas sus riquezas, todas sus dulzuras, y hacernoslas propias nuestras. Para proporcionarnos estos bienes tan preciosos como divinos, hace alarde de todos ellos el finísimo amante Esposo en esta su sagrada mesa; y por no aterrarnos ni desviarnos con la magestad y resplandor de su gloria, nos los presenta y dá ocultos baxo las apariencias de aquellos mismos alimentos que nos producen nuestros campos y colinas: y por decirlo mas claramente, se desposa con nosotros todos los dias (perdonadme la expresion) en figura de pan de trigo, que fecunda, alimenta, hermoséa y ameniza la gran casa y campo de la Iglesia Católica, para que aquí le comamos, le traguémos, y le traspasémos sin rezelo á nuestras entrañas, donde encerrado y ceñido con el calor del Espíritu Santo, hace que broten de nosotros los agradables y deliciosos frutos de la verdad, de la paz, de la caridad, santidad ó justicia.

Callad ahora aquí, ó enmudeced enteramente desgraciados esposos de la tierra. Yo no ignoro que vuestro matrimonio es un grande Sacramento: pero tambien estoy cierto con el Apóstol San Pablo, que entre Jesu-Christo y su Iglesia hay otro matrimonio mucho mas sublíme y mas misterioso que el vuestro. En efecto: vosotros no criais ni formais vuestras esposas; solo las escogeis y recibís con las virtudes, ó con los vicios ó defectos que tienen: pero el Esposo Jesu-Christo, que en las bodas de Caná convirtió el agua insipida y fria en un excelente y generoso vino, él mismo es el que cria, forma y dá á su insulsa desagradable é inútil esposa no solo el ser natural, sino tambien todas aquellas gracias y virtudes que la elevan, la hacen generosa, fuerte, santa, amable, y sin la menor mancha ni arruga. Cada uno de vosotros parece un sevéro Licurgo, que manda mucho, ó impone varios preceptos á sus respectivas esposas; pero semejantes á aquel filósofo legislador, no sois capaces de darlas ni fuerzas, ni voluntad, ni amor, ni gusto para que executen lo que las ordenais: mas nuestro Esposo Jesus, como fuerte, Omnipotente al que ninguno puede vencer, y á cuya voz ó voluntad no hay quien resista ni pueda resistir (*), como nos lo obligan á creer el último capítulo del sagrado libro de Judith, y el vein-

(*) Nota. Á la voluntad de Dios la consideran los Teólogos de dos modos; ó segun que es regla inmutable de nuestras acciones, ó segun que es la causa de todos los efectos. Considerada del primer modo, no tiene duda, que se resiste á esta divina voluntad, como lo convence la triste experiencia de tantas infracciones de la ley santa de Dios, que es su voluntad como regla: pero sería una blasfemia, y negar á Dios su omnipotencia el decir que se puede resistir á la divina voluntad, quando ésta quiere eficazmente producir algun efecto; pues en tal caso la criatura vencería y frustraría la omnipotencia de su Criador.

te y tres de Esthér, mueve, quando es su beneplácito, con los invencibles hechizos de su gracia, la voluntad rebelde de su esposa, á la qual sin violentarla, ántes bien atrayéndola y cebandola con lo que ella mas apetece, hace cumplir con un amor y deleite sobrenatural aquello mismo que la ordena ó manda, por muy dificultoso que sea al sentido, y repugnante á la flaca y enferma naturaleza. Vosotros os desposais con las que ó son nobles ó ricas ó hermosas: pero este mi divino y compasivo Esposo, solo busca, quiere y toma para esposa al alma pobre enferma, ciega, llagada, abandonada de todos, y privada de remedio. Vosotros, como dice mi Padre San Agustin, nunca ofreceis ni dais á vuestras esposas sino es el oro, la plata, las piedras preciosas, los zarcillos, dixes, sartalejos, las alhajas, las haciendas; pero nunca podeis darlas toda vuestra sangre; pues si así lo hicierais, moririais ciertamente, y no pudierais ser esposos: mas ved aquí, que lo que vosotros no podeis hacer, lo executó prodigiosamente nuestro Sacramentado Esposo, el que permaneciendo siempre inmortal, dá á su esposa toda su Sangre, su Cuerpo, su alma, su Divinidad, sus méritos, su gloria. El principio de vuestro matrimonio, ¡oh esposos terrenos! suele ser muy agradable, muy risueño, muy placentero: pero luego encontrais en él tantos cuidados, tantos sinsabores y disgustos, que hacen amarga vuestra vida, y convierten en azibar vuestras primeras dulzuras, hasta llegar al extremo de que, impacientes con vosotros mismos, odiais, y aun mirais con aversion y horror á aquellas mismas esposas que en otro tiempo habiais amado tanto. No así este celestial y fidelísimo Esposo, en quien sino le huímos ó abandonámos primero, nunca puede caber

desamor. Si llegamos á ser pobres ó á otro estado infelíz, nos ama: si el mundo nos aborrece y persigue, nos conserva siempre el mismo amor. No lo dudeis hermanos mios. En las calamidades, en las afrentas, en los tiempos temerosos y tristes, y aun quando los hombres por vernos desdichados huyen de nosotros como de un asco, nos dexan, nos abandonan, y tal vez insultan á nuestro miserable estado; él con mayores regalos nos acaricia entónces, y nos recoge en sí mismo. Su entrañable y tierno amor para con nosotros nunca puede venir á ménos, ó por desvío ó por ausencia; pues quanto es de su parte, siempre está presente, y como lanzado en nuestras almas. Ni aun quando se marchita la flor lozana de nuestra edad, ni aun quando los años corriendo y haciendo su obra desfiguran la belleza de nuestros rostros, ni aun quando el tiempo dá á nuestros cabellos el color de nieve, ni en la flaqueza y enfermedad, ni en el temblor de los miembros, ni en el frio de la vejéz, ni en las convulsiones de la amarga muerte, ni aun entre las sombras y horrores del sepulcro, jamás; jamás se resfria su divino y eterno amor para con nosotros; ántes bien, rico siempre de riquezas que no se agotan, y deseosísimo de hacernos todo el bien posible, quando este mundo pérfido, eclipsandose á nuestros ojos, se nos acaba y nos dexa, él mismo se nos dará todo, renovará nuestra edad como la del águila; y vistiéndonos de su misma inmortalidad y bienes eternos, como el único, el mejor y mas verdadero Esposo, nos juntará del todo consigo con un lazo tan estrecho y dulcísimo, que jamás podrá faltar ni en su duracion, ni en sus delicias.

Hasta ahora he puesto, amados mios, á vuestra

consideracion al Esposo Jesus Sacramentado; y solo lo he hecho como en bosquejo, y muy en comun: pero bien conoceis, que la grandeza y dignidad de mi asunto me executan de tropel, para que declare mas en particular estos eucharísticos, divinos y amables desposorios. Quiero pues comenzar mi primera prueba, hablandoos en ella del carácter del mejor desposorio, qual es la íntima é indisoluble union que en este admirable Sacramento tiene el mas verdadero Esposo con su esposa: y así como los poetas quando llegan al mas dificil punto de sus poémas, imploran de nuevo el socorro de sus musas; yo, solo me convierto ahora al Padre de las verdaderas luces; pues la doctrina que voy á proponer, es tan elevada, tan sublime, que ni yo mismo podré explicarla, ni mis oyentes comprehenderla como es debido: pero estoy cierto, de que toda alma que ame desée y suspire por este dulce y benéfico Esposo, sentirá percibirá y penetrará todo lo que yo sobre esto dixere: *da amantem, da desiderantem, & sentit quod dico*, confiesa mi Agustino.

Como quiera que esto sea, pongamos desde luego nuestra consideracion en aquella última cena que el celestial y divino Maestro celebró con sus Discípulos en la noche que precedió al dia de su pasion. Queriendo entónces Jesu-Christo convencer á los hombres al cielo y á la tierra de que amaba á su esposa hasta el fin ó exceso del amor; *in finem dilexit*: considerando tambien el divino Redentor, que en el sacrificio sangriento que al otro dia habia de ofrecer él mismo sobre el altar de la cruz, no se hallaria siquiera uno que recibiese ó participase visiblemente de la sagrada víctima de su precioso Cuerpo, cuya recepcion ó participacion era indispensable á un tan grande

y verdadero sacrificio qual era el suyo; se ha dignado celebrar y ofrecer anticipadamente, aunque de un modo incruento, el sacrificio mismo de la cruz, para que en él se verificase la suncion ó participacion visible é indispensable de la misma agradable víctima del calvario. Para efectuar todo esto, tomó, como infinitamente sabio, amante y poderoso, el pan y vino en sus divinas manos: los bendixo y convirtió en su propio Cuerpo y Sangre, que el mismo Salvador recibio dentro de su pecho: diólos tambien á sus discípulos que representaban y formaban la Iglesia, diciendoles: tomad y comed; este es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros: tomad, y bebed; ésta es mi Sangre, que será derramada por el perdon de los pecados. Estos preciosísimos Cuerpo y Sangre se los dió á su Esposa baxo los accidentes de pan y de vino, para darnos á entender, que asi como el pan se hace de muchos granos, y el vino de muchos racimos unidos, así tambien todos los christianos, aunque diferentes entre sí por climas, genios, edades, estados y sexôs, solo forman un mismo cuerpo con el de Jesu-Christo. Pero prosigamos adelante, y siempre con la mayor atencion.

Puso Jesu-Christo en aquel sacratísimo Cuerpo que consagró y recibió en la última cena todo aquello que era entero y verdadero Cuerpo suyo: esto es, se puso á sí mismo como cabeza, y puso tambien á todos sus miembros; que es como si dixésemos: fecundóse entónces de todos los hombres, de modo que, pasando aquel adorable Cuerpo al divino pecho, todos los christianos, y aun todo el género humano quedó desde este momento íntimamente unido ó formando una union indisoluble con el cuerpo y alma de Jesu-Christo, el qual desde aquel instante tambien quedó hecho el

rey, el padre, el pastor, el hermano (he dicho poco todavia) el esposo universal de los hombres y de la Iglesia. ¡Oh divina y celestial union sobre toda maravilla admirable! ¿Qué corazon habrá tan de diamante, que no se enternezca y derrame dulces lágrimas de amor al contemplarla? Miéntras él lo hace así, yo os aseguro, que no hay la menor duda, que quando al dia siguiente á su última cena subió este nuestro divino Esposo á la cruz, todos nosotros subimos tambien con él: todos fuimos crucificados juntamente con él, como lo confiesa San Pablo quando dice en nombre de la Iglesia: *Christo confixus sum cruci*, con lo qual dexamos alli enclavado, sin fuerzas ni movimiento al hombre viejo y carnal: con él hemos padecido muerte de cruz, y en ésta quedamos muertos al mundo, al demonio, á las pasiones y á la carne: con él fuimos sepultados, y nuestra vida quedó alli escondida: con él resucitamos al tercero dia, para que viviesemos una vida nueva: con él hemos subido al cielo, para tener en tan dichosa patria todos nuestros deseos y esperanzas; y con él finalmente estamos en este admirable Sacramento como miembros suyos; pues es una verdad de fé que el mismo Cuerpo de Jesu-Christo que está en el cielo, y nació de la Virgen Maria, es el que aqui adoramos presente.

Sea pues mil veces enhorabuena, ¡oh hombres, oh Iglesia, oh almas fieles y justas! pues tan íntimamente os une, os abraza, os estrecha y tiene consigo este cariñosísimo Esposo, el qual por esta incomprehensible union junta el cielo con la tierra, lo humano con lo divino, lo fragil con lo fuerte, lo mortal con lo inmortal, lo caduco y perecedero con lo eterno. Aqui tiene sin duda la esposa de mi Jesus la abundosa fuen-

te y preciosa raiz de aquellas divinas gracias que la animan, la vivifican, la hacen hermosa á los ojos de su Esposo, y superior á todo lo que el mundo busca, ama y teme: aqui tienen las doncellitas tiernas, los delicados jóvenes, los varones robustos, y los débiles ancianos armas poderosas, con que pueden triunfar de la corrupcion de este siglo: aqui finalmente tienen todos las prendas mas ciertas y seguras de su inmortalidad, de su resurreccion, y de su eterna bienaventuranza; pues donde está la cabeza seguramente se hallarán sus miembros, siempre que sean conformes, ó sigan los movimientos y espíritu de la misma cabeza.

Bien podeis lamentaros infelices esposos de este valle de lágrimas, al ver la dura necesidad en que os hallais, y los graves inconvenientes que por lo comun os resultan de no tener siempre á la vista y presentes á vuestras esposas; pero advertid al propio tiempo la excelsa dignidad de la esposa del sacramentado Jesus, el qual como tan zeloso de la honra y gloria de ella, nunca la dexa ni aparta de sí. Sus zelos no son brutales ni bárbaros como acostumbran ser los vuestros: son sí, zelos puros y divinos, con que el esposo que no necesita de su esposa para gozar de delicias y de gloria infinita, solo busca y pretende la verdadera felicidad de su esposa, la qual ciertamente no puede hallarla, sino es en la mas íntima y dulce union con un esposo, que es la misma hermosura, la misma riqueza, sabiduría, verdad y bondad. Sí por cierto: en esta sola union consiste toda tu honra, y se fundan todas tus felicidades, ¡oh Iglesia santa! En esta union se cimenta tambien, y se cifra toda vuestra hermosura y grandeza, ¡oh almas justas! que formais parte de

esta dichosísima esposa siempre casta, siempre virgen, pero siempre madre fecunda, por la virtud y gracia que su divino Esposo la comunica para engendrar y alimentar hijos, herederos, y ciudadanos del cielo.

Pero advertid con cuidado, amados oyentes, que quando poco ántes os he asegurado, que todos nosotros estamos con Jesu-Christo en este soberano Sacramento, no he querido decir por esto, que estamos allí formalmente, ó segun nuestra propia visible naturaleza; no por cierto. La verdad católica que debeis creer es la siguiente. El Cuerpo de nuestro Señor Jesu-Christo está real y verdaderamente presente en el santo Sacramento del Altar; y nosotros como miembros suyos, tambien estamos en él, y con él; pero solo estamos como en raiz, como en origen, y como en principio nuestro. Me serviré de un exemplo para que me entendais. Las flores y frutos de un árbol los consideramos de dos maneras; ó quando se hallan solo en su semilla, en su raiz, en su tronco; ó segun que aparecen ya á nuestra vista en su propia especie y naturaleza. Supuesto esto, os digo y repito, que todos los fieles christianos, y aun tambien todos los hombres, estamos realmente en este sacratísimo Cuerpo de nuestro sacramentado Esposo; pero solo estamos en él como en raiz, como en virtud, como en origen, y como en principio; al modo que los hijos están realmente contenidos en sus padres ántes que estos los engendren, y las flores y frutos se hallan en los árboles ántes que de ellos salgan á luz, y los veamos. Todo esto lo dá bien á entender el Chrisóstomo quando dice que "Queriendo Jesu-Christo declararnos su amor, »enlazó, y como que mezcló su Cuerpo con el nues-

»tro, haciendo que todo fuese uno, para que así que-
»dase el cuerpo unido con su cabeza; de modo que
»no solo por el amor somos uno con él, sino que tam-
»bien realmente nos junta, y como convierte en su
»carne, por medio del manjar celestial, de que nos ha
»hecho merced en este tremendo Misterio." Si al oir estas palabras del Chrisóstomo, os empeñais en que os decláre abiertamente el modo con que todos estamos contenidos en el sagrado Cuerpo de Jesu-Christo; yo tambien os suplicaré el que tanto vosotros como todos los mas sabios del mundo, me manifiesten el modo con que en el primer hombre han estado todos los hombres, en el primer grano de trigo todos los granos y espigas que han poblado y pueblan siempre nuestros campos, y como en los primeros árboles ha estado contenida tanta multitud y variedad de hermosos y delicados frutos con que se sustentan y saborean los hombres en el discurso de tantos siglos. Siempre que vosotros, ó esos sabios que se precian de maestros de todo el género humano, me declaren estos enigmas, estos misterios, con otros muchos que se advierten en el órden de la naturaleza, que vemos y palpamos todos los dias, tambien os doy firme palabra de explicaros con alguna mas claridad el incomprehensible é inefable misterio de la union, que todos los hombres tenemos con este sacratísimo Cuerpo de nuestro divino Redentor; pero miéntras no lo haceis así, adorad humildes, callad con respeto, y creed llenos de un religioso asombro al contemplar lo *maxîmo* contenido en lo mínimo, al paso que yo proseguiré vuestra instruccion, diciendoos que siendo como es cierto, que este preciosísimo Cuerpo de nuestro Esposo, y que esta divina fecunda raiz y principio que nos encierra

á todos en sí, contiene tambien la plenitud de la divinidad y de todas las gracias y dones del Espíritu Santo; de aquí es que todas estas gracias y dones se comunican segun medida á los hombres, quando estos llegando al sér y al vivir en su propia especie, vida y naturaleza, son incorporados á la santa Iglesia por medio de la justificacion que reciben en el santo Bautismo.

Como yo solo pretendo ahora instruir vuestra piedad, no temeré el proponeros otro exemplo que os ayude á percibir esta admirable comunicacion de gracias, que solo se nos conceden por esta nuestra union con el adorable Cuerpo del Esposo Jesu-Christo. Quando queremos que un clavel ú otra alguna flor nazcan con un color mas hermoso que el que antes tenian, cogemos su semilla ó su pepita, y las empapamos en aquel hermoso color para que se penetren bien de él. Vemos despues con asombro, que concurriendo á esta obra el agua y el calor del sol, nacen y aparecen la flor ó el clavel con aquel mismo brillante y hermoso color que antes estaba imperceptible, pero realmente impreso en la pepita ó semilla. Este mismo exemplo podemos con proporcion aplicarlo á casi todas las producciones del reyno animal y vegetal. Discurrid ahora conmigo. Puso el eterno Padre en su divino Hijo Jesu-Christo, como en raiz y tronco de todo el género humano, cuya salvacion queria, no solo todos los hombres, sino tambien todas aquellas gracias que habia de dar á estos, tanto en esta vida como en la otra. ¿Y qué es lo que se requiere para que los hombres reciban efectivamente estas gracias? Nada mas se requiere, sino el que los hombres nazcan, reciban el santo bautismo, el qual los anima y fomenta con el

calor, gracias y dones del Espíritu Santo: se requiere tambien el que crezcan en virtud, y que perseveren hasta la muerte, viviendo siempre conformes á los exemplos, y siguiendo el espíritu de Jesu-Christo; para lo qual deben exercitarse en la caridad, en la paciencia, en la humildad, en la modestia, en la penitencia, en la mansedumbre, en el desprecio de los bienes terrenos, en el amor de los celestiales, procurando siempre por una vida irreprehensible la honra, gloria y alabanza de nuestro Padre celestial.

Tales son, amados fieles mios, el fin y los efectos de la maravillosa union que todos tenemos con nuestro sacramentado Esposo: y si todavia deseais saber algo mas sobre ella, os diré con el Apóstol, que así como todos mueren en Adán, asi todos recibirán vida en Jesu-Christo. En Adán todos estuvimos como en raiz; y pecando él, todos nosotros hemos pecado en el modo que nos conteniamos en él; esto es, pecamos todos como en raiz. ¿Y quándo os parece que somos propia y formalmente pecadores? No hay duda que llegamos á serlo quando somos engendrados, y nacemos del mismo Adán por medio de la generacion carnal, que es el fatal principio de todas nuestras miserias muerte y perdicion. Estos son los amargos frutos, la vergonzosa herencia, y el tósigo mortal que habemos adquirido por nuestra union con el primero y viejo Adán; pero ¡oh y qué consuelo para nosotros! A esta union tan perdída, tan infelíz, tan trágica, que nos envenenó y apestó, es enteramente contraria la divina, la indecible y la deliciosa union que todos tenemos con nuestro mejor Esposo Jesu-Christo, el qual es el segundo, el nuevo Adán, que nos contiene en sí

mismo, que nos desapesta, nos desenvenena (*), nos limpia, nos justifica, y nos dá la eterna y bienaventurada vida. ¡Oh vida dichosa, que tienes por raiz, fundamento y principio la estrechísima union que todos tenemos con el celestial Esposo en este santísimo y adorable misterio! union que : : : :

¿Pero qué es lo que hago, ó á dónde voy Señores? Yo ciertamente me engolfo, me pierdo, me anego en el mar profundísimo de la union ó unidad que todos tenemos con el Hijo de Dios encarnado y sacramentado: no me seais pues crueles: dexadme que salga á respirar y recrearme un poco en la amena y deliciosa playa de las divinas Escrituras, las quales ya por sombras y figuras, ya con mucha claridad nos proponen y hablan de esta inefable y eterna union. Sombra y figura de ella ha sido el Santo Profeta Elias, el qual para resucitar al hijo de la viuda de Sarepta, se tendió y midió con él, como para hacerse uno mismo con el difunto. La anunció y figuró tambien el Santo Eliseo, quien para restituir la vida á otro hijo de una muger de la ciudad de Suna, se encorbó sobre el muerto; y poniendo su boca con la boca de él, ojos con ojos, manos con manos, se midió perfectamente con el cadaver, y logró resucitarlo. Fueron sin duda muy misteriosas estas acciones de los Santos Profetas; pero como conocian que el amor que Dios tenia á los hombres habia de llegar al extremo de hacerse uno mismo con ellos, por eso estos hombres inspirados del cielo y figuras del Salvador, se hacian tam-

(*) Perdóneseme el uso de esta palabra, que no me fué posible hallar en el diccionario de nuestra lengua; pero que me pareció propia para explicarme.

bien al modo posible unos mismos con los infelices á quienes querian remediar; porque á la verdad, ¿quién duda que el amor es una suave y dulce fuerza, que de dos que se aman hace uno mismo? Por esto el Sacerdote que consagra y el christiano que comulga deben persuadirse, que las manos de ellos están juntas con las de Jesu-Christo; y no solo las manos, sino tambien lengua con lengua, labios con labios, ojos con ojos, pecho con pecho. Así lo dice claramente el Redentor: el que come mi Carne y bebe mi Sangre, él vive en mí, yo vivo en él, él está en mí, yo estoy en él, él queda en mí, yo quedo en él; pues nos hacemos uno, así como el alimento se hace uno mismo con aquel que le come: *in me manet, & ego in eo.*

Esta divina union la prometió el clementísimo Esposo y Maestro á sus Discípulos, quando les dixo: en aquel dia entendereis como yo estoy en mi Padre, vosotros estais en mí, y yo estoy en vosotros: conocereis como yo soy uno con Dios, vosotros unos conmigo, y yo uno con vosotros; y os convencereis de que Dios, vosotros, y yo somos uno. Esta celestial union se la pidió Jesu-Christo á su divino Padre quando oró de este modo: "Señor, quiero que yo, y los »mios seamos una misma cosa, así como yo soy una »misma cosa contigo." Sobre estas palabras del celestial Maestro, no puedo ménos de advertiros, aunque de paso, que para que esta comparacion sea quanto cabe perfecta, debemos creer, que así como el Hijo de Dios es uno con su eterno Padre, no solo en voluntad, juicios y deseos, sino tambien en el sér, naturaleza ó sustancia, así tambien nosotros somos unos con Jesu-Christo, no solo en voluntad, afecto, deseos y amor, sino tambien en el sér ó sustancia tanto del

cuerpo como del alma. De esta maravillosa union habla el Evangelista San Juan, quando dice: lo que vimos, eso mismo os anunciamos, para que nuestra compañía sea con el Padre y con su Hijo Jesu-Christo. El Apóstol San Pablo se deleyta tanto en contemplar esta union tan estupenda, que llega á decir: que todo lo que el mundo ama, él lo desprecia y mira como estiercol, solo por tener, estar, gozar y poseer á Jesu-Christo: y á los de Corinto les asegura, que Dios es fiel y leal en sus promesas; pues nos ha llamado á la compañía de su divino Hijo. ¡Oh y que inefable felicidad es la nuestra! porque ¿quién podrá encarecer con palabras, el que unas criaturas tan infelices y desgraciadas como nosotros, hemos de tener con el Hijo único de Dios, Padre comun, bienes comunes, mesa, alimento comun, gracia, herencia y felicidad comun? Así es que el mismo San Pablo no se cansa de repetir, que estamos en Christo, y Christo en nosotros, y que el Padre celestial nos eligió, nos bendixo, nos hizo justos, agradables, y nos glorificó en su Hijo. ¿Y de dónde os parece, queridos mios, que nos vienen tantas riquezas, tanta nobleza, tantas bendiciones? ¡Ah! sin duda nos vienen por el motivo de que los bienes de los esposos son comunes: siendo pues Jesu-Christo no solo Hijo natural de Dios, sino tambien legítimo universal heredero suyo, hermano y esposo nuestro; se infiere bien claramente, que siendo como somos todos nosotros unos mismos con Jesu-Christo, tambien seremos herederos juntamente con él. Toda esta es doctrina de San Pablo; y en vista de ella os pregunto; ¿hay acaso mas de un Salvador, un Jesu-Christo? No por cierto. ¿Y este único Jesu-Christo no es el que adoramos presente en

ese sagrado altar ? Así lo enseña y cree la fé de la santa Iglesia católica. Luego no hay duda en que el amantísimo Esposo nos protesta y dice con cariño á todos desde aquel venerable Sacramento: vuestro es este mi Cuerpo, vuestra es toda mi Sangre, vuestra es mi alma y mi divinidad, vuestros son todos mis dolores y méritos, vuestro es el cielo y la tierra, vuestra es mi gloria, vuestros son mis Angeles, mis Santos, y finalmente, vuestra es con especialidad, el refugio de pecadores, mi bendita Madre. Sí, amada Iglesia y esposa mia: sí, almas fieles y justas; sabed y tened por cierto, que todas mis cosas son vuestras: *omnia vestra sunt*, concluye el Apóstol.

Ahora pues, mi amable, mi dulce, mi divino hechicero Esposo, dignaos oirme. ¿Si hubiese en este auditorio un alma tan prendada, tan cautiva de vuestro amor y hermosura, que con la sagrada Esposa os pregunte; dime amado mio, ¿dónde habitas, donde descansas, dónde tienes y apacientas tu ganado? Permitidme dulce dueño mio el que en nombre vuestro la responda de esta suerte. Mis ovejas, mi ganado, que es lo mismo que mi Iglesia ó mi Esposa, conmigo la tengo en este Sacramento de mi amor. Aquí soy yo el nuevo Adán, y ella es la nueva Eva, á la qual durante el sueño de mi muerte he formado de mi propio costado, que abierto con una cruel lanza, despidió un rico precioso raudal de sangre y agua, de donde han manado y recibieron virtud y eficacia aquellos mis siete Sacramentos, que engendran, fortalecen, alimentan, sanan, purgan y propagan la noble y real fecundidad de esta mi Esposa. Aquí habito, descanso y me deleyto con ella: aquí la curo de todas sus enfermedades y dolencias: aquí la sirvo de abrigo y de

refugio seguro : aquí la amamanto ó sustento con mis propias dulzuras : aquí la hago triunfar de la infame Babilonia del mundo : aquí la doy un suavísimo gusto de todos mis preceptos , mas sabrosos y dulces que el panal de la miel : aquí es ella conmigo la columna y el firmamento de la verdad , contra la qual nunca podrán prevalecer las puertas del infierno : aquí formo yo con ella aquel magnífico vistoso edificio , obra la mas primorosa del Omnipotente , en el que han deseado hallarse los Patriarcas , los Profetas , y fuera del qual no hay salvacion , y todos son profanos : aquí es ella mi dulce , tierna y delicada novia , que por esta union que conmigo tiene , llenará algun dia de pasmo á los mismos Angeles , quienes viéndola entrar en el cielo tan rica , tan ataviada y tan hermosa , preguntarán atónitos , ¿quién es ésta que sube del desierto , de esa tierra árida del mundo , rebosando toda en delicias , y recostada sobre su amado ? Aquí finalmente es ella la que forma la corona mas preciosa de mi gloria, y aquel imperio ó reyno eterno, que he venido adquirir á este mundo por mi pasion y por mi muerte : Reyno que me ha costado la vida , é Imperio que llevo sobre mis propios hombros para trasladarlo á la celestial Jerusalén , ó á la vision de paz , despues que se acabe el breve tiempo de este mundo y vida , que comparado con mi eternidad, es ménos que un instante. Permitidme tambien eterno y adorado Esposo mio , el que yo os pregunte ahora : ¿ y si vuestra esposa, que por sí misma es tan fragil , tan deleznable , que no tiene de suyo sino es el mentir y pecar , llega á seros infiel , ofendiendoos con el pecado ; la maltratais con exceso ó la abandonais del todo ? La respuesta que voy á dar á esta pregunta , formará la segunda prueba del discurso ; y

en ella me ceñiré á la mansedumbre, dulzura y paciencia con que el mas clemente y mejor Esposo sufre las flaquezas en que cae su fragil esposa.

No puede dudarse que la Iglesia católica ó universal tiene por carácter inamisible el sér siempre santa, siempre inmaculada; pero tambien es cierto, que este privilegio tan grande no compete á las almas justas en particular, pues éstas pueden caer sin duda del estado de la gracia que las justifica en el abismo del pecado. Efectivamente sucede muchas veces, que quando el divino Esposo no pide al alma justa, esposa suya, por recompensa de los muchos bienes y esperanzas con que la habia enriquecido, sino el que le ame y le guarde una fé inviolable, la infame esposa, insensible á tanto amor, é ingrata á tantos beneficios, desdeña todo el rico divino bien que tenia, y desprecia al mismo Esposo que se lo habia dado. Fugitiva entónces el alma de su propio corazon, se convierte en una esclava insolente y rebelde, que viendose en tan fatal libertad, se abandona á los errores de su ciega pasion, y á los falsos alhagos de su corrompida voluntad. Por gozar en instantes rápidos de unos placeres falaces, llena de frenesí, desconoce á su Esposo, renuncia á su mano, á la nobleza y dignidad de su título, á las esperanzas de su gloria, y como una adúltera, se envilece, se corrompe, y se prostituye á los objetos mas indignos y vergonzosos, cubriendo á su divino Esposo de oprobios, con baxezas tan repetidas como tenaces. Este amante pero tan despreciado Esposo, pudiera muy bien dexar á esta su pérfida esposa en aquella miseria, y aun añadir nuevas penas á tanto desacato; pero es tierno, es compasivo, y la ama entrañablemente. Á pesar de tantas iniquidades, se allana,

se desvela el Esposo para que vuelva en sí la esposa, y recupere su gracia. En vez de darla los castigos que merece, él mismo la convida con su perdon: la llama, la exôrta, la ruega, y la promete que olvidará todas sus injurias, que la tratará como si no las hubiera cometido, y que la volverá otra vez á su lecho, á su trono, á su amor. No la pide para hacerla estas finezas sino el que se arrepienta y jure de nuevo guardarle mejor la fé en lo sucesivo: pero la esposa, el alma, cada vez mas ciega, mas obstinada, mas injusta, oye las tiernas voces de su Esposo, pero no las dá crédito: desprecia el perdon del delito, y nada quiere del bien que con tanto cariño la ofrece. Así sucede, que con quanta mas ansia la busca el Esposo, mas ella se esquiva: y en vez de aceptar tanta indulgencia, vuelve como una loca y desatentada á ofenderle con nuevos y mayores insultos: mas ni aun esto basta para irritar á tan paciente como manso Esposo.

Á pesar de estas nuevas indignidades que debieran hacer al alma despreciable para siempre á los ojos de tan clemente Esposo, redobla éste sus mas suaves esfuerzos, y con una constante y amorosa porfía, vuelve á convidarla de nuevo; pero la terca, la abominable esposa, abusando de tan inexplicable bondad, multiplica sus extravíos y agravios á proporcion que crecen las tiernas y amorosas instancias de su Esposo. En tan extraño combate, no sé ciertamente Señores lo que mas debo admirar; si la insensata terquedad de la esposa, ó la increible bondad del Esposo: lo cierto es, que tanta clemencia, tanta mansedumbre no cabe en la virtud del hombre, ni aun en su imaginacion; pero nuestro sacramentado Esposo tiene toda esta paciencia; porque es eterno, como dice Tertuliano; porque

ama mucho y de valde á su esposa, á la qual compró y redimió con su preciosísima Sangre. Por eso no se resuelve á castigarla con un total desprecio y abandono, hasta tanto que llegue á llenarse la medida señalada al pecado, y que su justicia se vea como forzada á tratar con toda severidad y rigor á una consorte tan delinqüente: y aun esto lo hace con la mayor pena, pues él solo conoce bien, quanto es horrible el tormento eterno que se la prepara por haber abandonado á un Esposo tan amante como benéfico.

Mas si la esposa, aun despues que el mundo, la carne (y el demonio mismo, si me fuese permitido decirlo) la desecharon por inútil, se llega humilde al trono de este su sacramentado Esposo, y le dice contrita ¡ay triste de mí; qué tarde te he conocido, y qué tarde te he amado oh dulce mi Esposo! Este, al primer gemido de su arrepentimiento, y á la mas leve lagrima de sus ojos, la conforta y la excita con blandos y amorosos impulsos á que con toda confianza se arroje entre sus divinos brazos, asegurandola que á pesar de sus excesos y de los oprobios con que ha cubierto su honra, y ha hecho blasfemar de su nombre, aun está pronto á perdonarla. ¿No os admira tanto amor, tanta clemencia, tanta dignacion? Y para que la esposa recobre los preciosos bienes que habia disipado, no la pide sino que se confiese, y le prometa vivir bien en adelante. Si la esposa compungida, se echa entónces á los pies de su caritativo Esposo, éste la absuelve al instante, la perdona, la restituye á su amistad, hace fiestas de alegría y sumo gozo por su retorno ó conversion, despues de la qual la admite á su misma mesa, donde la dá el alimento que jamas perece: y no solo la devuelve todo el amor y bienes

que había perdído, sino que tambien la ayuda á que los conserve con su gracia.

Así procedeis ¡ oh compasivo Esposo ! con vuestra infiel é ingrata esposa ; pero en esto mismo sois sin duda mucho mas paciente y mas manso que David; pues si éste tañia la harpa para amansar la furia de Saúl que le perseguia de muerte ; vos Señor, con un sonido mucho mas armonioso y dulce ; esto es, con las suavísimas voces de vuestra preciosa Sangre, que clama mejor que la de Abél, y con la divina melodia de vuestros infinitos méritos, aplacais en ese admirable Sacramento la justa indignacion de vuestro Eterno Padre, para que no descargue el peso de su ira sobre vuestra desleal ; pero siempre querida esposa. David huyó y se ocultó quando Saúl quiso traspasarlo con su lanza ; pero vos, tiernísimo Esposo, nunca huís de ese altar, ni dexais esos sagrados velos ó accidentes. Cubierto con ellos, os ofreceis en sacrificio, y pedis incesantemente por vuestra aleve traydora é ingrata esposa ; que con las duras crueles lanzas de sus pecados, os ofende, ultraja y crucifica de nuevo segun la expresion de San Pablo : *rursus crucifigentes in semetipsis Filium Dei.* Aun en este mismo dia, que es la solemne y triunfal fiesta de vuestro divino matrimonial contrato, apénas vereis amante, pero afligido Esposo mio, ni en este templo, ni en esos balcones y ventanas, ni en esas calles y plazas por donde os llevará el exceso de vuestro amor, sino almas perdídas, esposas disolutas, y tan abandonadas, que por sus irreverencias, inmodestias y escandalos dan demasiado á entender, que se averguenzan de tener por su Esposo al que va tan humillado, tan silencioso, tan abatido solo por el tierno y fino amor que profesa á las mis-

mas esposas tan irreverentes como crueles. Tal es, clementísimo Esposo, la correspondencia de aquellas almas y esposas de quienes habeis vivido siempre tan enamorado. Al contemplar yo estas ideas tan melancólicas como aflictivas, mi corazon, aunque tan estragado é insensible, se conduele, se quexa, se lamenta; y para desahogarlo un poco, necesito hablaros de otro objeto mas delicioso, qual es el exquisito y celestial alimento con que este riquísimo y magnifico Esposo sustenta á su amada esposa; lo que formará la tercera y última prueba del discurso.

Ninguno puede negar que todo esposo tiene estrecha obligacion de mantener su esposa segun su haber ó posibles; y que el que sea mejor esposo, tambien ha de dar el mejor sustento á su esposa. Jesu-Christo pues, que es el Esposo de la Iglesia, tanto triunfante como militante, estaba obligado á alimentarlas con un alimento digno de su riqueza, de su sabiduría, de su bondad, de su omnipotencia. Por otra parte, la Iglesia del cielo, como que disputaba con su hermana la de la tierra sobre la presencia y posesion de aquel Cuerpo santísimo, que es el verdadero alimento de las almas. El mismo Jesu-Christo tambien se hallaba, dice el Chrisóstomo, como perplexo y dividido para contentarlas; pues entrambas como hermanas pretendian con justísimos motivos la posesion de tan preciosa joya: y ved aquí que en este tan amoroso conflicto supo este divino celestial Espóso tan rico, tan sabio, tan poderoso, tan magnífico, y este nuevo Salomón, executar lo que el primero no ha sabido ni podido hacer con toda aquella su riqueza y sabiduría, que era el asombro del mundo; pues sin dividir su sacratísimo Cuerpo, lo ha dado entero y uno mismo á las dos Iglesias,

ó mas bien á una misma colocada en dos diversos estados; pero con esta diferencia, que á la triunfante, como quien goza ya de la vista clara de la hermosura de su Dios, se lo dió descubierto ó sin velos; pero á la militante, que aun está desterrada, aun es peregrina en la tierra, donde vive entre las santas venerables tinieblas de la fe, que en pena de su pecado la exercitan y la humillan, se lo dexó oculto y dió encubierto baxo las especies ó apariencias de pan y de vino.

¡Ay queridos oyentes mios! ¿cómo podré yo explicar ahora, y mucho ménos comprehender la nobleza y felicidad de nuestra santa madre Iglesia, por poseer y tener tan á la mano este precioso y celestial manjar con que se alimentan los fuertes, y que es superior á todo entendimiento? Lo cierto es, que el ser alimentada con la Carne y Sangre de un Dios, solo le pertenece á la Iglesia como á la verdadera hija de Sion, como á la hermana y esposa del Rey eterno, y como á los miembros del Cuerpo de Jesu-Christo: siendo pues necesario que la esposa sea alimentada segun las riquezas y poderío de su esposo, la hija y hermana conforme á la nobleza de su padre y dignidad de su hermano, y los miembros á proporcion de la excelencia de su cabeza; se infiere evidentemente que para la hija de un Dios, para la hermana de un Dios, para la esposa de un Dios, y para los miembros del Cuerpo de un Dios, no podia darse, ni aun inventarse alimento, ó mas precioso, ó mas digno, ó mas propio que la Carne y Sangre del mismo Dios. Al pueblo Hebreo, que era el esclavo de Dios, le era muy bastante, como afirma San Gerónimo, el que lo sustentasen con el maná, al qual la santa Escritura llama pan de Ange-

les; pero á nosotros que ya no somos hijos de la esclava, sino de la esposa libre, la celestial Jerusalén, nuestra verdadera madre; pero á nosotros que somos el pueblo escogido, la gente santa, que formamos un sacerdocio real, esto es, que somos Reyes y Sacerdotes; pero á nuestras almas, á las quales ennobleció tanto el Eterno, que las hizo sus hijas, sus hermanas, sus esposas, sus herederas; ya, ya no nos basta el pan de Angeles: nos es necesario el pan vivo y vivifico del mismo Dios, que es el que el mejor y mas verdadero Esposo ofrece, dispensa y dá con tanto amor y terneza á su dulce amada esposa en esta mesa tan explendida y tan magnifica, preparada por su infinita sabiduría omnipotencia y misericordia.

He llegado ya á lo último de mi discurso; pero ni aun de lexos he saludado los umbrales de aquel santuario eterno, donde nuestro fidelísimo Esposo tiene reservadas aquellas puras, amables y eternas delicias con que ha de contentar para siempre á su fiel y obediente esposa. La culpa de esto sin duda la he tenido yo, quando tan arrojada y temerariamente me he atrevido á tratar de este divino y eterno desposorio, en que solo un orador penetrado y abrasado todo de afectos del cielo, puede tartamudear, por no decir hablar con alguna dignidad y provecho: y al paso que debiera contenerme, y acobardarme el saber que apenas ningun otro orador nacional ó extrangero se habia atrevido á proponer y explicar desde el sagrado púlpito un asunto de esta naturaleza, yo he rompido con una audacia increible este silencio tan antiguo como venerable, y he puesto mis profanos labios en lo que solo debiera adorar callando: y aunque es cierto que para salir con mi audaz intento he tomado los pinceles,

los colores, y aun he recogido las flores esparcidas por los jardines de los autores mas piadosos; sin embargo, he sido tan desgraciado, tan infeliz, que los pinceles se me han quebrado, los colores se han deslustrado y ajado, y las flores se marchitaron entre mis toscas y atrevidas manos. No extrañareis pues el que este discurso quedase reducido á un plano informe, que por mi miseria no he podído executar. Con esto me acabé de convencer, de que á los Ministros del santo Evangelio no nos basta proponer ideas, pensamientos, asuntos elevados, ni aun divinos, para hablar de ellos con fruto de los oyentes, sino que necesitamos de una fé, de un amor, de una piedad y afectos tan puros, que podamos inflamar y abrasar con ellos los corazones de los que nos escuchan. Pero en todo esto bien habeis humillado y castigado mi insolente atrevimiento ¡oh amantísimo Esposo mio, que aun quando me castigas me amas! pues me habeis dexado mas frio que la misma nieve, con grave perjuicio de este mi amado auditorio, que tanto derecho tenia á oir de mi boca palabras encendidas que lo electrizasen y le inspirasen el mas puro y tierno amor á un Esposo tan digno como amable: y si algun consuelo me queda en esta parte que tanto me aflige, es la esperanza que tengo de que no faltará otro algun orador, que si por dicha llega á saber, que en este dia, en este sitio he tratado yo con tanta baxeza é indignidad AL MEJOR ESPOSO JESUS SACRAMENTADO, se inflamará y moverá, animado de un fuego divino á desempeñar en provecho de los fieles, y honra de tan augusto Sacramento lo que yo por mis pecados no he podido hacer. ¡Entre tanto se verifica esta mi esperanza; es muy justo el que de algun modo resarza, ó re-

pare los daños que á causa de mi ningun zelo y virtud han padecido mis amados oyentes, lo que haré proponiéndoles la divina doctrina que á los fieles de Efeso propone y explica San Pablo.

Queriendo este Apóstol inspirar á los esposos un verdadero y tierno amor á sus esposas, les habla asi: "Quien ama á su muger, á sí mismo se ama; porque »ninguno aborrece su propia carne; ántes bien la aca»ricia, la alimenta y tiene cuidado de ella, así como »Jesu-Christo lo hace con su Iglesia; pues nosotros »somos miembros de un cuerpo, formados de su car»ne y de sus huesos. Por tanto (dice la Escritura) el »hombre dexará á su padre y á su madre, y se unirá »á su muger, y de dos que eran, llegarán á ser una »sola carne::: Así que, cada uno de vosotros ame á »su muger como á sí mismo; y la muger respete á su »marido." Hasta aquí habló el grande Apóstol; y ahora os diré yo. No hay duda que Jesu-Christo cumplió, cumple y cumplirá siempre con las mas sagradas obligaciones del mejor Esposo; pues se unió y estrechó tanto con su esposa, que llegó á hacerse carne de su carne de ella, cuerpo de su cuerpo, sangre de su sangre, hueso de sus huesos, y alma de su alma; de suerte, que este mi sacramentado Jesus es al mismo tiempo el Esposo y la esposa, como así nos lo representa el Profeta Isaias en el capítulo sesenta y uno, verso décimo, y lo advirtió tambien Orígenes en su primera homilía sobre los cantares. No contento con ser y hacerse tan uno mismo con su esposa, asegura á ésta como á legítima heredera suya la posesion de todos sus infinitos y eternos bienes: sufre tambien con indecible paciencia las flaquezas y prevaricaciones de

la misma, á la qual alimenta dándola su verdadero Cuerpo y Sangre. Todo esto hace el mejor Esposo ; ¿ y su esposa satisface acaso al amor, al respeto, á la veneracion, y á otros sagrados indispensables deberes que la ligan á este su Esposo? Veámoslo.

Toda buena esposa solo debe vivir y respirar, por decirlo así, para emplearse en el bien y felicidad de su esposo. Su honra y gloria de ella, toda ha de ponerla en obedecerle y estarle sujeta. Siempre ocupada en el deseo de agradarle, siempre ingeniosa en prevenir todo aquello que puede darle gusto, siempre atenta á evitar las mas ligeras faltas que puedan ofenderle, siempre afligida si cae en algun defecto que sea capaz de entibiar su amor para con ella ; jamas se cansa ni de ver á su esposo, ni de hablarlo, ni aun de oirlo hablar. Al verse ausente de él, se aflige y entristece de modo, que no halla consuelo alguno que la sosiegue, sino es en la esperanza de que á su vuelta la ha de llenar de alegría ; pero miéntras no lo vé, toma la esposa el mas vivo interés en la gloria, honra, alabanza de su esposo, y en todo lo que á éste y á su casa pertenece. Así es, que tiene gusto infinito en ver y saber que van en aumento su fortuna, sus intereses, y que todos se lo aprecian, se lo alaban, se lo respetan : y por el contrario, siente en sí misma con la mayor amargura todos los desprecios, ultrajes y desacatos que contra él oye, ó sabe que se dicen y hacen.

Juntemos ahora, amados mios, todos estos rasgos y señales de la fidelidad, correspondencia y amor de una verdadera esposa ; y reflexionemos si se encuentran ó no en los que nos preciamos de tener almas esposas de Jesu-Christo. Por lo que á mí toca, solo

puedo deciros , que al Esposo le veo pobre , manso, humillado , abatido , coronado de dolorosas espinas, traspasado con duros clavos , siempre ocupado en procurar la salvacion de su esposa , y en dar la debida honra y gloria á su eterno Padre : últimamente le veo morir afrentosamente , inclinando con un blando y dulce déxo su divino rostro hácia su costado abierto, como para darnos á entender , que solo moria por el amor de aquella su esposa , que del mismo su costado se habia formado. Todo esto es lo que hace mi mejor Esposo ; pero á la esposa , al alma , la miro coronada de rosas , enemiga de la penitencia , vana , orgullosa, altiva , suspirando con la mayor ansia por entregarse á los mas vergonzosos deleytes , y abusando de su cuerpo , al qual , siendo como es miembro de el de Jesu-Christo , y templo del mismo Dios , convierte por sus obscenidades , lascivias é inmodestias en un instrumento diabólico , que solo sirve para perder las almas , divorciándolas de su legítimo dueño y Esposo , y para infamar al Padre celestial. Este paralelo tan vergozoso entre nuestras relaxadas costumbres , y las estrechas obligaciones que como á almas esposas del Cordero inmaculado nos incumben , me obliga ahora á correr un tupído velo , que oculte las infamías y viles alevosías , que con tanto descaro cometemos contra el mejor Esposo mi sacramentado Jesus : pero no puedo menos de lamentarme en nombre suyo de nuestra ingrata correspondencia , usando para esto de las palabras de David , que en el salmo cincuenta y quatro se quexa de esta suerte. Si mi enemigo me tratase de este modo , si yo no fuese insultado sino es por el obstinado judio , siempre pronto á perseguirme , ó por el

ciego pagano sobre el qual no he derramado la luz de mi Evangelio, ó por el atrevido herege que niega mi real presencia en este Sacramento; todos estos golpes viniendo de tales manos me serian menos dolorosos: *si inimicus meus maledixisset mihi, sustinuissem utique.* Mis ministros excluyendo á todos estos enemigos mios de la participacion de mis misterios, me ocultarian y salvarian de sus insultos: *abscondissem me forsitam ab eis.* ¿Pero podia yo acaso tener la menor desconfianza de ti ¡oh christiano! á cuya alma he tomado para mi querida esposa? *Tu verò!* Tú que concurres con los que aquí vienen á adorarme; tú que eres miembro de este mi cuerpo; tú que ciertamente conoces quien soy yo, lo mucho que te amo, el bien que te deseo, pero á quien yo conozco mucho mas por tus repetidas ingratitudes: *notus meus*: tú que en los años de tu inocente infancia, y antes que te devorase el fuego de las pasiónes me profesabas la amistad mas tierna, te sentabas con indecible gusto á mi mesa, donde comias conmigo los preciosos manjares con que yo te regalaba: *qui simul mecum dulces capiebat cibos*: tú que admitido en la casa de mi Padre por el sello de aquella eterna adopcion que yo mismo te habia impreso en el bautismo; *in domo Dei*: tú que á la sombra de mis alas, y fortalecido de mis gracias, has andado mucho tiempo tan contento en mi compañía por el camino de la verdad y santidad; *ambulavimus cum consensu*: tú de quien, siendo Dios, criador y bien soberano, me he hecho amante y verdadero Esposo: tú, respóndeme, ¿de qué tienes que quexarte de mí? ¿He podido por ventura hacer por tí mas bien de lo que he hecho? Si así te lo parece, dí-

melo claramente ; pues aquí me hallas pronto para escuchar tus quexas, y si me convencieses de que aun hice poco por tí, haré todavia mas : *addam.* Pero no, dulcísimo Esposo mio : ni habeis podido hacer mas por nuestro amor, ni yo debo llevar mas adelante tan tiernas como justas quexas ; porque los ingratos con dificultad se convencen ni enternecen. Con todo eso, vivo seguro que no se hallará en mi auditorio alma tan dura, tan ingrata é insensible, que no se convenza y conmueva con la siguiente reflexîon, fundada en la doctrina de San Pablo. Si ninguno, dice este Apóstol, aborrece su propio cuerpo ó carne, ántes bien la acariciamos, fomentamos, alhagamos, de suerte que la hacemos el blanco ó centro de nuestros mayores cuidados, y en estos calamitosos tiempos caemos en el exceso de hacernos idólatras de ella, queriendo tambien el que otros la veneren y adoren como una deidad, segun lo declaran y convencen bastante esas desnudeces, esas indecencias provocativas y escandalosas que se advierten en los dos sexôs, ¿cómo, cómo es posible, que solo al Cuerpo ó carne santísima y virginal de nuestro divino Esposo, que es una misma con la nuestra, la habemos de despreciar, afligir y tratar tan indecorosamente como si fuese la carne ó cuerpo de un irracional? Vosotros respondereis á esto lo que os agrade ; pero yo atribuyo este tan horrible como inconseqüente procedimiento á una falta casi total de fé, y á una extraña corrupcion de nuestras conciencias. ¿Y qué haré yo, ó qué os diré á esto, amados hermanos mios? Ninguna otra cosa, sino aseguraros, que si este benigno, pero rectísimo Esposo, no nos vence ni domina por su amor, nos dominará y vencerá por el rigor de su

justicia; pues es imposible que el alma en qualquiera estado que se halle, pueda exîmirse del imperio de Jesu-Christo. Es luego puesto en razon el que no irritemos mas la clemencia de un tan benigno como justo Esposo, ántes bien del todo contritos, acerquemonos á él con confianza, para gustar su suavidad, y pedirle sus divinas victoriosas gracias.

Ea pues amabilísimo Esposo: si vuestra misericordia y bondad busca miserables desdichados pecadores á quienes gusteis perdonar ofensas; en ninguna parte Señor hallareis tantas que perdonar, como en estos mis oyentes y en el que les habla ahora: porque ¿quién soy yo, y quién es este mi pueblo? ¡Ay de mí! dice el Real Profeta: nosotros solo somos unos gusanillos, extrangeros y peregrinos en vuestra presencia: nuestra carne es heno, y nuestros dias desaparecen tan velozmente como el agua que va corriendo, ó como la sombra que pasa sobre la tierra, en la que no habitamos sino es por un momento. Si merecemos algun aprecio, y si nos prometemos alguna elevacion y dicha, es únicamente porque vuestro divino Padre nos mira y quiere á todos en Vos mismo, que por excelencia sois el Hijo amado. Así que, ternísimo y compasivo Esposo, dignaos tener piedad de nosotros, especialmente en este dia, que por estar consagrado al triunfo de vuestros excelsos y amables desposorios, derramareis á manos llenas las riquezas de vuestra divina gracia sobre estas desconsoladas almas, que aunque malas, siempre las mirais como destinadas á ser esposas vuestras. Animadas de esta celestial gracia, no solo renovarán en la contemplacion de este misterio la memoria de vuestra pasion y muerte, sino que tambien

os adorarán y servirán de modo, que al acabarselas la fragil vida que viven en este cuerpo mortal, no tanto quedarán coronadas como verdaderas Reynas; pero tambien dulce y estrechamente abrazadas al mejor Esposo, gozarán con él de deleytes puros é interminables en la deliciosa mansion de la gloria. *Ad quam nos perducat Jesus.* Amen.

Omnia sub judicio Sanctæ Matris Romanæ Ecclesiæ.

AL MEJOR ESPOSO,

Y AL ORADOR QUE LO CONTEMPLÓ,

DE UN DEVOTO Y APASIONADO

SONETO.

De un intenso fervor, fuego sagrado,
(Al leer tu discurso peregrino,
En que unes lo humano á lo divino)
Sentí mi corazon arrebatado:

Hasta el mas alto cielo has penetrado,
Siguiendo á Pablo; con felíz destino,
Has abierto á las almas el camino,
Y la vida, en JESUS SACRAMENTADO.

Que es el mejor Esposo en sus amores,
Ansias, finezas, penas y desvelos,
Has probado; testigos son los cielos
Y el Orbe todo, que te darán loores.

Y en esta dulce union con confianza,
Cifro mi fé, mi amor y mi esperanza.